

UN ISLOTE Y UNA ESTACIÓN.

O de las conspiraciones paranoicas tomadas por los pelos.

Por Antonio Diego Duarte Sánchez.

Mohamed VI, rey de Marruecos: "Ahora, entre nosotros, se ha restablecido el respeto mutuo". (16 de enero de 2005)

El 11 de julio de 2002, dió comienzo una extraña aventura que, aparentemente, sólo duró una semana. Fuerzas de la Real Gendarmería marroquí ocupan el islote Perejil, de soberanía española aunque despoblado, y se detectaban movimientos militares alauitas hacia otros territorios españoles norteafricanos. Tras una intensa semana, el día 17 de julio, fuerzas españolas efectúan un asalto heliportado que reduce a la pequeña guarnición marroquí y recupera el islote para la soberanía Española.

Durante el desarrollo de la acción política y diplomática, primero, y militar después, España acumuló sobre el Estrecho de Gibraltar y su espacio estratégico aledaño una serie de medios militares, declarados y evidentes los unos, discretos y silenciados otros, destinados tanto a preparar una posible futura recuperación (como así terminó siendo) como a evitar una escalada que convirtiera un episodio fronterizo en una crisis bélica de consecuencias imprevisibles.

Las informaciones publicadas en medios españoles hablaron tanto de una acción promovida por el entorno más cercano del rey de marruecos, Mohamed VI, con su conocimiento, como en el sentido contrario: un acto llevado a cabo sin la aprobación del monarca, tratando de situarle ante hechos consumados frente a los que no podría sino dar, al menos públicamente, su consentimiento.

El desarrollo y conclusión, a casi tres años de los sucesos, no deja opción a suponer más que debió existir un enorme sentimiento de humillación por parte marroquí. Provocado o no, estimulado o no. La realidad es que Marruecos vio sometida por la fuerza su voluntad a las declaraciones públicas de España, quien ejerció en primer lugar la acción en los organismos internacionales, expuso su deseo de volver al status quo anterior y, finalmente, ejerció su derecho a la legítima defensa sin, por fortuna, más daños personales que los sufridos por uno de sus propios soldados, quien se lesionó una pierna. La última entrevista del rey de Marruecos, concedida a un diario español días antes de la visita oficial al país norteafricano del rey Juan Carlos I, en enero de 2005, deja bien claro ese sentimiento de humillación.

Las relaciones bilaterales, durante el resto del mandato del gobierno del Sr. Aznar, se vieron enfriadas y cubiertas por un manto de desconfianza. El problema de la inmigración ilegal norteafricana, las mafias que la controlan y el peligro de un incremento en la tradicional hostilidad mutua (pese a las aseveraciones propagandísticas, la realidad es tozuda...), las informaciones de la supuesta connivencia de estamentos oficiales marroquíes con los dos primeros asuntos y la

firma por el gobierno español de tratados internacionales de colaboración con Argelia, tradicional enemiga de Marruecos; nada de todo ello podía devenir en algo bueno.

Casi dos años después, en 2004, España celebraba elecciones generales. Con sus tensiones territoriales, y con algunos episodios que habían puesto en apuros al gobierno, como el "Prestige" y el apoyo internacional a la intervención de Estados Unidos y el Reino Unido en Irak. Sin embargo, la situación económica era la mejor de muchos años, el paro se veía como un enemigo batible y los golpes al terrorismo etarra eran continuos, a veces espectaculares.

Lo cierto es que lo que se asumía por muchos como más probable era una cierta pérdida de votos por el partido que apoyaba al Gobierno, pero no una pérdida absoluta del poder por parte de éste.

De repente, a primeras horas del día 11 de marzo, tres días antes de las elecciones, varias bombas sacuden la estación de Atocha, en Madrid, y algunas otras cercanas. 191 muertos y alrededor de 1500 heridos. La mayor matanza terrorista cometida en Europa. El Gobierno se inclina por la hipótesis de ETA pero, conforme pasa el tiempo y los días, esa hipótesis se difumina y se va adquiriendo la certeza de que los autores son fundamentalistas islámicos. Los medios de comunicación, que al principio apuntan a los terroristas vascos, van publicando informaciones donde la palabra Al-Qaeda aparece cada vez con mayor frecuencia. Al Gobierno se le exige transparencia informativa, una transparencia que, aparentemente, no supuso ningún obstáculo para la posterior detención de buena parte de los colaboradores necesarios y la localización de quienes, supuestamente, habían conseguido cometer los asesinatos. Su suicidio, ante el cerco policial, deja un montón de escombros, pruebas para la investigación y el juicio posterior y, también, muchas preguntas sin responder.

Para quien, a día de hoy, quiera tener abundante información de los datos con que se cuenta sobre el desarrollo de los hechos, puede muy bien gastar algo de su tiempo leyendo las actas públicas de la Comisión de Investigación que se instituyó en el Congreso de los Diputados y cuyas conclusiones aún no se han hecho públicas.

Los detenidos se habían movido con bastante libertad por España, controlados a veces por las Fuerzas de Seguridad españolas o por los Servicios de Inteligencia. En España ya se habían tomado medidas, se había investigado la relación de algunos de los autores de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos e incluso se detuvo a varias personas. Se respiraba la amenaza, se dice ahora que no se tomaron medidas suficientes para prevenir lo que se venía encima, faltó conciencia del peligro, en suma. ¿Pero qué fueron los atentados del 16 de mayo de 2003, en Casablanca?. ¿No debían haber bastado para disparar todas las alarmas?.

No obstante lo anterior, muchos de los procesados por los crímenes del 11 de marzo habían sido investigados por las fuerzas de seguridad españolas, y parece verosímil lo que apuntaron algunos medios de comunicación acerca del

conocimiento de éstas sobre el tráfico de explosivos.

Al final, cuando parece próxima la finalización del sumario, anterior al juicio, están detenidas 17 personas; de ellos, 13 son marroquíes y 1 es español de origen marroquí.

Las lagunas inherentes a toda investigación, por si fuera poco, favorecen todo tipo de especulaciones. Desde las que sugerían el interés francés por favorecer un cambio en el signo del siguiente gobierno español, a las que comprometían por igual a miembros de la inteligencia militar y del PSOE en una conspiración para lograr el mismo objetivo.

Si los tres motivos clásicos que se dan para que un particular cometa un homicidio suelen ser la codicia, la pasión y la venganza, algo muy parecido ocurre con el terrorismo de Estado; se busca aquí el poder, el ideal o, en una curiosa coincidencia, la venganza. Hasta ahora, nuestros muertos o heridos han visto ondear sobre sus nombres a la media luna, a una mezcla del águila de San Juan con la rosa o a ambas cosas.

La venganza ha sido también aducida: venganza por la intervención en Iraq... ¿En Iraq?. Rabei Osman Sayed Ahmed, alias "MOHAMED 'EL EGIPCIO'", ahora residente en una cárcel española, declaró en una conversación telefónica que la preparación del atentado le había llevado más de dos años. O sea, tomó (o tomaron) la decisión de atacar España mucho antes de la invasión de Iraq; ésta parece, así pues, más bien una excusa sobrevenida y oportuna antes que el verdadero motivo para la matanza.

"Más de dos años antes del 11 de marzo de 2004..." Perejil, al poco tiempo después, o antes, de tomar la determinación, parece un motivo más plausible para movilizar a un grupo significativo de fanáticos y delincuentes marroquíes que, en más de un caso, ya estaban establecidos en España o en proceso de hacerlo.

Venganza..., ¿por qué?: Venganza por una demostración de firmeza, venganza por una humillación militar sin derramamiento de sangre uniformada que, a fin de cuentas, habría lavado el honor. Venganza por los ataques en prensa a un régimen cuyo miramamolín aún rige las almas y las leyes de sus súbditos. Venganza por el desprecio en las miradas de quienes ven al moro como al morisco traidor del siglo XVII, en connivencia con el turco...

Sin embargo, la venganza requiere de dos condiciones para ser reconfortante y dulce al vengador. La primera es que quien la ejerce haga saber de algún modo sutil, pero efectivo, de quién procede. La segunda es que quien la sufre no tenga más opción, para evitar males mayores, que ocultarla y sufrirla. ¿Se cumplen esas dos condiciones?...

Murcia, a 19 de febrero de 2005.